FR. A. G. MENENDEZ - REIGADA O.P.
*Obispo de Tenerife*

# LA CIENCIA DEL AMOR

3ª edición

**APOSTOLADO MARIANO**
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal B.: 3.529-1987
ISBN 84-7656-037-0
Printed in Spain
Impreso en España
GRÁFICAS BISANI - Mora la Nueva, 11 - Barcelona (23)

# I

## ¿QUE ES LA VIDA?

Vivir es moverse, cambiar. En todo lo que alcanza nuestra vista, nada, al parecer, permanece; nada dura ni se sostiene en el mismo ser, ni dentro ni fuera de nosotros. Esto es lo que nos dice la experiencia.

¿Nada dura...? Sí, dura desde luego nuestra persona. Ella es la que observa, la que goza o la que sufre todas estas mutaciones. Las cuales cambian su estado, la levantan o la oprimen, la despojan o la enriquecen... pero dejan siempre intacta su raíz, su esencia.

Y una voz poderosísima nos dice que esa esencia es inmortal; voz que es *la voz del ser,* profunda y amplia y penetrante; voz no nacida de nuestros discursos ni artificios, que no logran, al fin, sino corroborarla; voz infinitamente superior en autoridad y eficacia, que brotando de las más íntimas profundidades de nuestro ser espiritual, llena todos los ámbitos de la historia... Voz de Dios...

¿No la oís...? Aquietad un poco vuestro espíritu; esforzaos por sosegar, siquiera momentánea-

mente, vuestras pasiones, que os ensordecen y os ciegan, sin que os deis cuenta quizá vosotros mismos; arrancad, con ímpetu de valentía sincera, la careta y los artificios de comodín de vuestro amor propio, sin los cuales acaso no habéis tenido jamás valor para mirar vuestra propia realidad frente a frente; penetrad en el sagrario de vuestra propia conciencia, oculto y casi desconocido en el fondo de vuestro ser, y corred, siquiera por unos instantes, por unas horas... los cerrojos a las puertas del sentido, para que no os molesten las llamadas ni el vocerío de fuera. Vuestra felicidad bien vale la pena de todo esto. ¿No la oís...? Pues a vosotros llama; a todos y a cada uno de vosotros se dirige. Y es la Voz eterna y omnipotente de Dios...

Vivir es moverse, caminar. Pero todo camino tiene un fin, que será la morada del descanso, que es la razón de ser del movimiento mismo. Moverse es para alcanzar algo que nos falta. ¿Qué es, pues, lo que nos falta? ¿Qué es lo que vamos buscando...? ¿Por qué se nos obliga a caminar? ¿Hacia dónde se dirige nuestro rumbo...?

Si quisiéramos pasar revista a nuestro propio ser, lo encontraríamos por todas partes descompuesto y lleno de imperfecciones. Débiles y escasas nuestras fuerzas; insegura nuestra salud; limitados y flojos y sujetos al cansancio nuestros sentidos...; y sujeta a error y casi esclava del error nuestra inteligencia, y ¡tan alejada de la verdad, tan alejada...!; y hambrienta y sedienta siempre nuestra voluntad, y (sin dejar de tener hambres infinitas) sufriendo hastío y tristeza y

desánimo y rabia y otras mil penosas enfermedades.

Nuestra naturaleza, pues, o está mal hecha o es que se halla todavía a medio hacer... Mal hecha no, que no hay nada mal hecho en el mundo. El mundo es obra de Dios y las obras de Dios son perfectas. Y por otra parte, la misma experiencia (la de fuera y... quizás la de dentro) nos dice de cuán grandes cosas somos capaces, cuán grandes maravillas se pueden realizar, se pueden construir, con este plasma humano, animado por soplos de divinidad, de que estamos constituidos. San Agustín, santo Tomás de Aquino, san Vicente Ferrer, santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola... eran de nuestra masa, y fueron fundamentalmente lo que somos, y llegaron a ser y son y serán ya eternamente algo que también a nosotros se nos promete que también para nosotros está abierto y que a lo lejos nos sonríe...; son y serán eternamente lo que también podremos nosotros eternamente llegar a ser...

La verdad es que estamos a medio hacer (además de estar descompuestos en esta misma nuestra construcción a causa del pecado). Nos movemos para construirnos, para edificarnos... hasta alcanzar la última perfección. Perfecto es lo que está terminado, totalmente hecho, en lo cual ya no queda más que hacer, porque, está hecho todo. Nuestra naturaleza, pues, a medio hacer, nos empuja hacia la perfección, hacia el ser completo.

A veces nos sentimos crecer, con un ímpetu, con unas ansias, con una necesidad de crecimien-

to semejante al de las plantas y los árboles en plena primavera. ¿Para qué...? Porque no está en nosotros ni es fácil de encontrar sobre la tierra la razón de nuestro crecimiento. Crece el cuerpo para descomponerse en seguida..., tras un brevísimo gozar acaso. Y ese gozar de los sentidos no es el fin ni la razón de su crecimiento, porque precisamente se opone a él; y no hay apenas goce de sentido que no acorte la vida, que no amenace con la muerte y la descomposición, que no traiga consigo enfermedades a poco que se sobrepase la medida.

No, no es ese el camino. No se nos fue dado el cuerpo para gozar, sino para servir al alma. Y el alma, ¿cómo crece? ¿Adónde va? ¿Cuáles han de ser sus frutos...? Presentimos que esos frutos pueden quedarse en agraces y aun malograrse del todo, como planta que no ve el sol y a la cual se la saca de su clima y de su ambiente. Pues ¿cuál es nuestro sol? ¿Nuestro ambiente? ¿Nuestro clima...?

Nuestra naturaleza busca la perfección, que es el fin; pero ciertamente necesita medios adecuados. Cada efecto tiene su causa proporcionada. Dátiles y plátanos, por ejemplo, necesitan de un sol semiecuatorial, y no se criarán amás bajo los hielos del Polo. Para producir el fruto que debemos cosechar de nuestras vidas, ¿cómo deberemos cultivarlas? ¿Con qué sol y con qué brisas deberemos crear nuestros espíritus?

Pues si nuestra naturaleza busca la perfección, y es bien seguro que sólo por ciertos y determinados medios podrá alcanzarla, ¿hacia dónde nos

empuja nuestro deseo? Nuestro deseo va saltando, con ansias infinitas, sobre todas las cosas de la tierra; y cuando llega a gozarlas, se llama a engaño. Esos goces acaban por aumentar el hambre, y el vacío, y la amargura, por hacer inútiles todos los esfuerzos y aumentar y hacer incurable acaso la enfermedad. No edifican, sino destruyen; no enriquecen, sino desgastan y agotan... Por eso no hay corazón que, persiguiéndolos, no venga a exclamar al fin, profundamente dolorido: «Vanidad de vanidades y todo vanidad.» Y es que nuestro deseo es en el fondo y tiene que ser tan infinito como nuestra capacidad.

Y ¿qué es lo que busca, en resumen, nuestro corazón? ¿Hacia dónde nos va llevando el deseo? Nuestro corazón es esclavo del placer, y se perece por un poquito de gozo y alegría. Nuestro deseo invariablemente nos empuja como una brújula misteriosa, como una fuerza de atracción irresistible, en busca de la felicidad.

Y ¿qué es la felicidad...? Es como el aroma del ser..., del ser consciente que se posee a sí mismo; y está precisamente en proporción con el ser que se posee y con la capacidad radical de poseerlo.

A mayor capacidad de ser, mayor capacidad de dicha; y a mayor posesión de ser, mayor felicidad; y a la posesión suprema del ser, bienaventuranza suprema. Del ser, del Ser que es Luz y Verdad y Amor y Hermosura y Bondad y Omnipotencia...

La felicidad, por otra parte, implica algo de absoluto: ha de ser totalidad, saciedad, plenitud rebosante de gozo. Pero si el gozo nace de la po-

sesión del ser, como el aroma de las flores, perfección y felicidad tendrán que ir juntas y ser una sola cosa realmente. Con respecto al ser es perfección; con respecto a la naturaleza es acabamiento, plenitud; con respecto a la voluntad es posesión de ese pleno bien, es felicidad verdadera.

Pero todo esto que se acaba de indicar, perfección, plenitud del ser, felicidad cumplida, viene a estar realmente resumido en una sola palabra: *el bien*, y por lo que hace a nosotros: *nuestro bien*. ¿Dónde está, pues, nuestro bien...? Y si el bien es plenitud de ser, ¿dónde podrá llenarse nuestro ser hasta rebosar en esa forma cumplida?

Nuestro ser tiene hambre de luz y de verdad y de hermosura; y como esa su hambre es infinita y es eterna, sólo podrán llenarle la infinita Verdad y la Hermosura infinita. Nuestra voluntad tiene hambre de amor y de dicha, y como es siempre infinita su hambre, sólo podrá saciarse en el piélago de la infinita bondad, objeto y causa y centro eterno y único del amor y de la bienaventuranza.

De aquí resulta claramente, que nuestro bien está en Dios; que el movimiento que la naturaleza nos imprime es para marchar hacia Él; que la plenitud del ser que vamos buscando ha de ser plenitud de Dios —porque Dios es *el Ser*—, y que la medida de nuestro crecimiento y de nuestra grandeza será siempre la medida misma en que de Dios nos vayamos llenando, hasta llegar a la plenitud definitiva, que será poseerle a Él y ser por Él eternamente poseídos.

Todo lo demás es engaño e ilusión. Nos lo dicen de común acuerdo la razón y la fe; nos lo dice la experiencia de los que van delante; y... hasta nuestra propia experiencia. Sí: escuchemos tranquilos y serenos lo que *nuestra alma* nos dice... Sólo Dios podrá llenarnos. Sólo en Dios puede estar nuestro destino.

Dios, en efecto, nos ha creado para sí, que es como crearnos para toda perfección, para toda felicidad, para toda grandeza verdadera. Él será nuestro tesoro. Y para que podamos poseerlo tal cual es —cosa infinitamente superior a nuestras naturales fuerzas— nos levantó hasta Sí, elevándonos al orden sobrenatural, y aumentando hasta lo infinito nuestras capacidades. Su bondad infinita, sus infinitas riquezas e infinita gloria, podrán de esta manera ser *nuestras* eternamente.

El bien ejerce sobre nosotros una atracción irresistible. Y es atracción de naturaleza y de voluntad. Sin quererlo lo buscamos; y cuando, dueños de nosotros mismos, ponemos en marcha nuestra voluntad, nuestro querer, lo buscamos igualmente, aunque no siempre acertemos a buscarlo donde en realidad se encuentra. Esa busca del bien, esa tendencia inevitable hacia el bien, es *el amor*, el amor inicial, el potencial primero y como la semilla informe, negruzca y fea, del amor.

Y como esa tendencia es siempre lo que nos saca de la pasividad, lo que nos pone en movimiento, de ahí que el amor sea el principio de toda nuestra vida. Y aun pudiera decirse que es nuestra vida misma; porque vivir es obrar, ac-

tuar nuestras potencias, saborear el fruto de nuestras actividades; y no hay actividad ni potencia que no sea movida por el querer, es decir, por el amor.

Y cuando por el amor nos ponemos en marcha hacia el bien, hacia nuestro verdadero bien, comenzamos rápidamente a sentir que ese bien es para nosotros, como nosotros para él. Es como si ese bien saliese a nuestro encuentro. Es como si el amor con que le amamos, comenzásemos a sentir con mayor o menor intensidad el amor con que nos ama. Como si enviara hacia nosotros un aroma que nos envolviese en una especie de cielo anticipado de felicidad verdadera. Por eso el que ama cree siempre en el bien, y cree en la fidelidad, y cree en un cielo eterno. La felicidad por el amor; la felicidad que el corazón tanto hambrea y por la cual siempre se mueve y lo gobierna todo.

Por eso el problema del amor es el problema de la vida. Somos y valemos según lo que amamos y la forma y medida en que lo amamos. Cuando crece el amor en nosotros, crecemos; y cuando disminuye, disminuimos; y cuando se descotruye y secorrompe, quedamos destruidos y corrompidos. Y en vez de llenarnos del Bien y del Ser, que es la obra del Amor, quedamos en un vacío y una tiniebla y un hambre y un horror y una contradicción y una agonía y... una *muerte* perdurable e infinitamente atormentadora. De modo que así como todo lo que *vale* fuera de nosotros viene a quedar resumido en esta sola palabra, **el** Bien, así todo lo que vale dentro de

nosotros viene a resumirse en esta otra, el Amor, por el cual el Bien se busca y se alcanza.

Pero si el amor es la tendencia al bien, será el amor verdadero cuando ese bien que buscamos sea el verdadero. Y como nuestro Bien verdadero es sólo Dios, no hay más amor verdadero que el amor de Dios.

Todos los demás amores tienen forzosamente que flaquear o en el principio o en el término, o en el sujeto o en el objeto, o en ambas cosas a la vez.

Lo que se llama amor de sí mismo no es amor, porque no hay en nosotros bien ninguno propio, no hay sino vacío y angustia... Amarse a sí mismo sería amar ese vacío y esa angustia y privación de todo bien; sería amar la pena de daño, sería amar el infierno —que eso es el infierno, substancialmente: un alma sin Dios... Una capacidad infinita, un hambre infinita sin nada que la llene, en un infinito y eterno vacío. Por eso amarse a sí mismo de ese modo no es tender al bien sino al mal; ni eso tiene nada de amor sino de odio, que es todo lo contrario. Amadores de vosotros mismos, ¿por qué os odiáis tan de muerte...?

Y amar las criaturas viene a ser una cosa semejante; porque en ninguna criatura está nuestro bien, ni ninguna puede darnos la plenitud del ser, la perfección, la felicidad verdadera. Además que a las criaturas propiamente no se las ama si no es por virtud del amor de Dios o por ese mal llamado amor de sí mismo...

Por eso el primer precepto de la Ley en el que virtualmente se resumen todos los demás, lo for-

mula el mismo Cristo diciendo: «Amarás al Señor tu Dios con *todo* tu corazón, con todo tu poder, con todas tus fuerzas.» Con *todo*: ni un resto de corazón nos queda para poder amar con él otras cosas.

Seamos cuerdos. Vivir es amar. Estamos hechos para amar, porque estamos hechos para el bien, para la perfección, para la felicidad, y es el amor el que a todas esas cosas nos lleva. El amor es el principio y es el medio y es el fin; nos pone en movimiento, nos estimula y acelera hacia la posesión, y sólo por él al fin la posesión se consuma.

Pero como el amor es tendencia al bien, nuestro verdadero bien está en Dios y sólo en Dios y todo en Dios; no hay más amor verdadero que el amor de Dios. Vivir, pues, ha de ser solamente para amar a Dios; caminar a la perfección no puede ser otra cosa sino crecer en el amor de Dios; conquistar la felicidad no será posible sino subiendo decididos hasta el último peldaño en la escala del amor de Dios... Y ese es todo el problema del vivir, y la única ciencia de la vida.

Por eso san Agustín exclamaba: «Hicístenos, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en Ti.» ¿Necesitaremos detenernos para demostrar esa inquietud del corazón mientras busca su descanso en las criaturas...? ¿Necesitaremos argumentos para demostrar la dicha del corazón que se arroja en la hoguera del amor de Dios? ¿No nos bastará la experiencia mil y mil veces repetida de los que van delante de nosotros...?

Para precisar un poco más esta doctrina, distinguiremos con los filósofos dos clases de amor: de concupiscencia y de benevolencia. El primero es cuando amamos una cosa o persona buscando en ella o por ella nuestro propio bien. El segundo, cuando la amamos deseando y procurando por cuenta y sacrificio propio el bien suyo. Todos nuestros amores naturales o son puramente de concupiscencia, es decir, de egoísmo, de amor propio, o van por lo menos con éste muy amasados y manchados.

Aun a Dios comenzamos amándole, por lo común, de ese modo.

Pero ese tal amor no es amor, por lo que ya antes decíamos; porque el amor es darse, salirse de sí mismo, tender al bien, sacrificarse al bien, inmolarse al bien, y el que ama con amor concupiscente o egoísta, ni tiende al bien, porque el bien no está dentro de nosotros, ni sale de sí mismo, ni se da sino en la apariencia y para volver sobre sí mismo y quedarse allí, en el vacío, en la *nada real poseída*, pues por nosotros mismos eso únicamente es lo que somos.

El que no se da, ni puede ser poseído ni poseer. El que no se da, no ama... El que no se da a Dios no ama, no vive; la muerte, como dice San Pablo, obra en él, o él mismo va obrando su propia muerte.

Nuestros amores naturales son todos manchados, porque todos van amasados de egoísmo. Sólo Dios, océano infinito de amor, nos podrá levantar hasta Sí, que es levantarnos hasta el amor puro y verdadero.

Démosle, pues, ya *todo* nuestro corazón, que así como un ojo partido nada ve, de nada sirve para el amor un corazón partido...

## II

## LA PERFECCION ESTA EN LA CARIDAD

El hombre, como ya hemos visto, ha sido hecho para amar.

No puede ser amado ni merece ser amado sino el bien.

El bien del hombre sólo puede ser espiritual e infinito.

Pero como el bien espiritual e infinito no se halla sino en Dios, resulta que sólo Dios es el objeto de nuestro amor; o sea que propiamente no hay más verdadero amor que el de Dios.

Por otra parte, el hombre desea irremediablemente crecer; desea subir, llenarse, descansar...; desea poseer; poseerse a sí mismo y poseerlo todo... Y este deseo no tiene límites; llega hasta lo último y más allá. El hombre desea lo infinito, desea a Dios, desea poseer a Dios; desea, en una palabra, la perfección que sólo en Dios se alcanza. Estos dos instintos del alma, ansia de amor y ansia de perfección, tienen que cumplirse y son en el fondo uno solo, porque el objeto del amor es el Bien sumo, y la posesión del sumo Bien es la fuente de toda perfección y de toda felicidad.

Pero, ¿por qué camino habrá de cumplirse ese

deseo?... ¿Por medio de qué potencias u operaciones habremos de alcanzar esa perfección?... La perfección del hombre ha de alcanzarse por aquello que hay en él de más noble, o sea el alma. El cuerpo está hecho para servir al alma, y del alma ha de recibir toda su perfección, espiritualizándose para adaptarse mejor a ella, según lo que nos dice San Pablo: «Se siembra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual.» De modo que la perfección tiene que consistir en las operaciones del alma, o sea en el conocimiento y en el amor. Y si queremos fijar cuál de estas operaciones tiene la primacía, habrá que distinguir entre esta vida y la otra.

Mientras vivimos en este mundo es más el amar que el conocer; porque la verdad, objeto del conocimiento, sólo puede entrar en nosotros a la manera nuestra, mientras que el amor es una fuerza que nos obliga a salir de nosotros mismos para ir a la conquista del bien, tal cual es en sí. Al conocer una cosa más alta que nosotros, tenemos que ir como recortándola, empequeñeciéndola, oscureciéndola, tanto más cuanto más alta sea, a fin de que entre dentro de nosotros; no nos elevamos a ella sino que la rebajamos hasta nuestro propio nivel, haciéndola de algún modo proporcionada con nosotros mismos, con nuestra capacidad intelectiva, sacando de ella una imagen que pueda penetrar por la puerta más o menos angosta de nuestras potencias cognoscitivas.

Y tratándose de Dios, un tal conocimiento, hecho a nuestra medida, pero infinitamente despro-

porcionado respecto de Dios, que es su objeto, claro está que no nos da la perfección.

En cambio el amor no trae las cosas a sí, sino todo lo contrario; el amor nos arrebata hacia la persona amada; es el amante el que tiende a asimilarse al amado, saliendo en busca suya. Con el amor ocurre de muy distinto modo que con el conocimiento; amando cosas bajas, nos rebajamos; amándolas iguales, quedamos en nuestro propio ser; amándolas altas, ellas nos engrandecen. De aquí viene aquella conocida frase de San Agustín: «Si amas tierra, tierra eres; si amas espíritu, espíritu eres; si amas a Dios..., pues ¿qué he de decir, sino que eres Dios...?»

Esto se entiende en esta vida; porque en la otra, abierta ya la inteligencia de par en par, esa inteligencia sin obstáculos, sin velos, es absorbida en Dios, levantada hasta Dios, reforzada en su capacidad e iluminada con la luz misma de Dios, llegando a contemplarle, no por espejos y en enigmas, como ahora, sino cual es en sí, cara a cara. Es como si Dios nos prestara algo de la potencia visiva con que Él a sí mismo se ve, algo de sus ojos o de su divino entendimiento, que es lo que quiere decir esa infusión del *lumen gloriae,* lumbre de gloria, que se nos comunicará al entrar en el Cielo y por la cual vendremos a ser bienaventurados.

De este conocimiento perfecto fluye naturalmente, como efecto de su causa, el perfecto amor y la felicidad verdadera. Por eso allí tiene el conocimiento la primacía, porque a Dios, primariamente, formalmente, podríamos decir en lenguaje

filosófico, se le posee conociéndole, de donde todo lo demás se sigue. Pero aquí lo que nos hace poseer a Dios es el amor, porque apartados de Él como estamos, el amor es lo que hacia Él nos lleva.

Pudiéramos decir que el amor nos lleva a la unión; pero la forma de esa unión la da el conocimiento. El conocimiento es como la mano que agarra, y el amor como la fuerza nerviosa que hace que la mano apriete. Por eso, mientras estamos *in via*, es más importante el amor aunque en definitiva la posesión y el descanso sean obra del conocimiento.

Tenemos, pues, que en esta vida la perfección consiste en el amor; pero, ¿en qué amor? El amor divino.

Ahora bien, el hombre abandonado a sí mismo no puede producir un acto de verdadero amor de Dios; viene al mundo inficionado de egoísmo, que es la antítesis del puro amor, del verdadero y único amor. El hombre natural, en este estado de naturaleza caída, se ama a sí mismo sobre todas las cosas y todas las otras cosas en sí y para sí. Esto una experiencia imparcial nos lo acredita.

Y si en algún caso nos llega a parecer que aun naturalmente amamos sin mezcla de egoísmo, es por virtud de algún amor natural e instintivo y casi inconsciente, como el de las madres, dado también por Dios, como anticipo y vislumbre del amor perfecto, para el cual finalmente nos llama y nos destina. Por eso la fe nos dice que «la caridad (que es el amor esencial, el amor puro) ha

sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado».

Pues si la caridad es cosa dada, ¿no tendremos nosotros acción para su perfeccionamiento?

Ciertamente que sí. Lo que especifica al hombre y le distingue de los animales es su alma, la cual obra propiamente por medio de la inteligencia y de la voluntad. Pero como la inteligencia de alguna manera tiene que ir delante, porque nada podemos querer si no lo hemos primero conocido, resulta que en el acto del querer vienen a fundirse el querer y el entender, la voluntad y la inteligencia; de modo que un acto de querer libre viene a ser el resumen de todo el hombre.

Por otra parte, lo único nuestro, lo propio y verdaderamente nuestro es el querer. No es nuestra del todo nuestra salud, que podemos perder a cada instante; ni nuestro cuerpo, ni ninguno de sus miembros y sentidos, que podemos igualmente perder; no es nuestra ni siquiera nuestra inteligencia, ni podemos aumentarla a nuestro arbitrio; lo único que es nuestro, lo que desde luego sentimos que está más en nuestra mano y a nuestra disposición, es el querer, la voluntad libre. Por eso donde está nuestro querer allí estamos; y donde ponemos más querer, donde ponemos mucha voluntad, allí estamos más, según la medida precisamente de ese nuestro querer. Somos, pues, en este sentido, algo así como una voluntad que se mueve o un amor ambulante que se actúa. El querer es todo el hombre, y por el querer dispone el hombre de todas las cosas y dispone sobre todo de sí mismo.

Y aunque es todo en el fondo dado por Dios, el hombre, usando de su libre albedrío, ha de darse también, pues Él no se da ni obra en nosotros sin que a la vez nosotros obremos. Todas las cosas que Dios nos da son materiales y estímulos para nuestro querer, a fin de que, queriendo Él dar y queriendo nosotros dar también, que es la mejor manera de recibir, todo nuestro ser se vaya perfeccionando y enriqueciendo. De modo que la acción de Dios y la nuestra no se unen como dos factores externos, concurrentes, sino en las más íntimas profundidades del ser, viniendo el efecto a ser, aunque en diverso sentido, todo de Dios y todo nuestro. «Dios que te creó sin ti, dice San Agustín, no te justificará sin ti.»

Piensa, pues, que real y verdaderamente toda obra buena es de Dios, dádiva de Dios, don de Dios; pero piensa también que no se ha de realizar sin obra tuya; y obra y trabaja, poniendo en ello todo tu empeño.

Para poder volar necesitamos del aire, ciertamente, pero también necesitamos agitar ordenadamente las alas. San Francisco de Sales pone un ejemplo que viene muy bien al caso; dice que los vencejos cuando se posan en tierra, como tienen las patas muy cortas y las alas muy largas, quedan con las alas tan pegadas al suelo, que por más esfuerzos que hacen no logran por sí mismos darse aire, levantar el vuelo a la altura; baten inútilmente sus alas, y siguen forcejeando sin más éxito, hasta que viniendo una ráfaga de viento más fuerte, les empuja un poco, y entonces logran levantarse.

Imagen es esta bastante exacta de lo que al alma sucede; el que nos levanta primeramente es el aire, es Dios, es ese soplo de su espíritu y de su gracia. Y aun después de levantados, suprimido el aire, caeríamos sin remedio. Pero así como el pájaro para levantarse ha de seguir batiendo sus alas y ahuecándolas, porque si la ráfaga de viento le coge desprevenido no se levantará jamás, así también el alma no puede ir a Dios sin levantar las alas del deseo. En el principio y en el medio necesitamos de Dios, como el pájaro del aire, del aire que le empuje al levantarse y del aire que le sostenga después, pero siempre tendiendo y batiendo las alas.

Es don de Dios, seguimos diciendo, pero don que se relaciona con nuestros actos, y si bien la primera gracia propiamente no se merece, sino que sólo misericordiosamente se implora, el aumento consecutivo de gracias, ese sí puede merecerse.

El alma puede, pues, disponerse y merecer... ¿De qué modo? Es comparación muy preferida la del leño; primero hay que cortarle para quitarle su verdor y que pierda todo lo que se opone al fuego y arrancarle las raíces de los afectos con que se hinca y se sujeta a la tierra. Hay que quitar del alma todo lo que se oponga en ella a ser embestida por el amor divino. El leño no tiene el fuego en sí mismo, pero se sabe que una vez arrancado de la tierra y seco, el fuego ciertamente le invadirá, como invadía el fuego sagrado las víctimas de la Antigua Ley, puestas sobre el altar del sacrificio; y cuanto más rápidamente y mejor

se seque, tanto más pronto y más perfectamente será por el fuego transformado y consumido. Esta es la primera labor: quitar estorbos, vaciarse, echar de sí lo que es opuesto a Dios, toda la savia de la tierra.

Después Dios concede una caridad determinada al alma; y si es fiel, si pone en explotación esa gracia y obra cuanto con ella puede obrar, cuando Dios ve que el alma anda cuidadosa, solícita de incendiar su vida toda con la chispita del fuego que siente en sí, Dios infunde más fuego en el corazón hasta abrasarla y consumirla por completo. Es lo de la parábola evangélica: «Porque en cosas pequeñas fuiste fiel, te iré levantando a cosas grandes.» Es como un padre, que antes de entregar todo el capital a su hijo se le va dando por partes para ver cómo lo emplea y lo gobierna.

Estas ascensiones del alma se asemejan al crecimiento orgánico de nuestros cuerpos. Los niños, de pronto, a veces, dan un estirón; pero durante otros varios años van creciendo sin que apenas se note, como los árboles, respectivamente, en invierno y primavera. Esto mismo ocurre en el crecimiento de las almas; unas veces viene por vaivenes o grandes avances, otras apenas es perceptible, para ellas mismas, sobre todo.

Pero cuando hacen actos de verdadero amor, Dios da siempre el galardón, aunque a veces no lo da de una manera inmediata; porque en vez de pagarnos al día, prefiere hacerlo por meses o por años, o acaso todo por junto. El caso es trabajar siempre sin desánimo y nunca desfallecer. Y como cuidadosas vestales, atizar siempre en

nuestro espíritu el fuego sagrado; o como las vírgenes del Evangelio, tener siempre nuestra lámpara bien encendida.

¿Cómo se produce este progreso? Los maestros de espíritu señalan tres etapas principales en el crecimiento del amor, o sea de la perfección; lo dividen en tres grupos: incipientes, proficientes y perfectos; o en tres vías: purificativa, iluminativa y unitiva; o también en vida ascética, que comprende la vía purificativa, y mística, que abraza las otras dos.

Después de haber expuesto esa doctrina de que sólo como el leño podemos disponernos a la acción del fuego, quitando los estorbos que a él se oponen en ese primer período, la labor primera es quitar esas amarras de los afectos naturales. El corazón dividido en Dios y en las criaturas es como un corazón muerto o moribundo, con una especie de agonía o lucha terrible; está lleno de apetitos, y todo eso tiene que desaparecer.

Todo el que tiene un germen real de ese amor de Dios siente entablarse en sí una lucha, porque desde que Dios entra en un alma, todo lo que cae dentro de nuestro amor tiene que estar en Dios. Si conscientemente y plenamente amamos algo fuera de Dios con amor verdadero y substancial, independiente de aquel con que a Dios amamos, su amor no será posible. Nos lo dice Cristo en su Evangelio: «Si alguno viene a Mí y no odia a su padre, y a su madre, y a su esposa, y a sus hijos, y a sus hermanos, no puede ser mi discípulo.» Odiarlos en cuanto separados de Dios, para amarlos sólo en Él, por Él y para Él, pues no

hay más amor que el divino. Dios no puede convivir en un mismo templo con los ídolos de los dioses falsos.

Esto es verdad teóricamente; pero prácticamente hay tantas cosillas a las cuales tenemos más o menos apego... Ir soltando esas amarras es lo que principalmente caracteriza esa primera etapa del amor incipiente. Muchas almas no pasan de aquí; se atemorizan ante estas luchas, ante estas cribas; y como el alma, aunque tiene dentro la gracia de Dios, no la siente, pasan los años y los años en ese mismo estado.

Tienen esas almas, como dice un autor moderno, el Espíritu Santo dentro de sí, pero lo tienen «en huelga», y de este modo la acción del Espíritu Santo, que es delicadísima, purísima, no puede desarrollarse. Para que esto se lograse sería necesario separarlas un poco del mundo y de las criaturas, llevarlas a la soledad, ponerlas en otro plano, desde donde pueden ver las cosas de otra manera. Esto se logra a veces por medio de una enfermedad, de una desgracia, de un tiempo de aislamiento y soledad voluntaria y a veces aun forzosa, cuando el espíritu llega a recogerse sobre sí mismo. Así es como a veces se pone en marcha esta vida.

Todo esto tan árido, tan seco, es, sin embargo, necesario tenerlo muy en cuenta.

Resumamos: 1.º El amor de Dios es dádiva. 2.º Aunque es dádiva, es obra también de nuestro esfuerzo, si bien en este esfuerzo va envuelta la gracia de Dios. Nos da Dios poquito a poco su amor, para ver si sabemos ir explotando esa ri-

queza y haciéndola producir frutos de amores, para que amándole a Él, con el amor que Él nos da, cada día merezcamos recibir más amor y más gracia. Es, como decimos, el padre precavido, que comienza a dar al hijo la administración de sus riquezas, para ver si las administra bien, realmente, haciéndole entonces entrar en su plena posesión; o ver si, por el contrario, neciamente las disipa.

Recojamos estas enseñanzas y mantengamos en nuestra alma estos tres afectos: temor filial, confianza filial y amor filial; temor, porque el alma, al ver la grandeza de ese Dios, ve su pequeez, y se ve como una pajita en las manos de un gigante; pero ese temor contrastado por la confianza la impulsa a entregarse a Él. Y para entregarse, lo primero es negarse, y eso es la humildad, que es el suelo fértil en que la caridad germina y crece.

Teniendo en todo por causa a Dios y por concausas a nosotros, con nuestra docilidad dejándole a Dios hacer, atendiendo seriamente para percibir los impulsos del Espíritu Santo, que dentro de las almas mora, y no poniéndole estorbos, irá creciendo en nosotros la gracia, el amor y la perfección, hasta llegar a la plenitud de la edad de Cristo, hasta lograr ese sosiego dulcísimo, que solamente se goza en la posesión de Dios.

## III

## EL PODER DE LA VOLUNTAD

El amor es un movimiento de la voluntad al bien. La voluntad es el motor universal de las potencias del alma; y aunque no es dueña absoluta, ni de sí misma ni de las otras facultades, pues ese perfecto señorío lo perdió por el pecado, mantiene algo de su dominio, que deja sentir lanzando o encauzando ese amor hacia el objeto amado y orientando hacia él todas las demás potencias. Y así, el pensamiento especifica en sus movimientos a la voluntad; pero también, a su vez, es movido en su ejercicio y aplicado a su operación por la voluntad misma. Por eso nuestro pensamiento nunca anda lejos de donde anda nuestro amor.

El primer efecto que causa el amor, o acaso mejor aún, la primera forma bajo la cual el amor mismo se presenta, es el deseo: desear al objeto o a la persona amada, desear noticias o historias suyas, hablar de él, pensar en él. Ved una madre que tiene su hijo ausente; si está en Africa, por ejemplo, con qué ansiedad desea informarse de todas las noticias que de allí llegan, con qué ansiedad desea informarse de todas las noticias que de allí llegan, con qué afán procura hacer averiguaciones. Le ofrece, en una palabra, grandísimo interés a la madre todo lo que de algún modo, aunque indirecto, pueda relacionarse con ese hijo, por quien día y noche suspira.

Esto es lo que ocurre con el amor de Dios, que en cuanto prende en el alma, causa esa ansia, esa especie de curiosidad para buscar dónde se halla Dios y cómo poder más íntimamente conocerle. Es la inquietud y el afán con que Santo Tomás de Aquino, muy niño aún, hostigaba continuamente a los monjes de Montecasino sus preceptores, preguntándoles: «¿Quién es Dios?... ¿Pero no me dicen más de quién es Dios...?» Es la incontinencia, inmoderada al parecer, cuando se ven desde fuera las cosas, con que las almas que comienzan a marchar por las vías del espíritu buscan incansables la palabra divina. Es la prisa con que corrió Magdalena a postrarse a los pies de Jesús, cuando indiferente a todo lo demás, oyó que le decían: «Ahí está el Maestro», *Magister adest*. Es ya un poco, si queréis, de la precipitación con que la Esposa de los Cantares sale por las calles y plazas buscando desolada las huellas de su Amado...

El pensamiento, digo, sigue a la voluntad como la llama al fuego; y la voluntad anda por donde anda el objeto de su amor; porque «el alma está más donde ama que donde anima». Cuando Dios es el objeto de nuestro amor, sentimos esa especie de atracción hacia Él, una especie de imantación, una como polarización de todas las potencias hacia Él, como la brújula hacia el polo; una ansia, un hambre, una sed irresistible, un interés creciente por todo lo divino.

¿Sentís de esta manera el amor de Dios o no lo sentís?...

Aunque propiamente el amor, sobre todo en

esta primera etapa de los incipientes, no consiste en sentir ni suele sentirse, si no es accidentalmente, en ciertos momentos de fervor sensible. Prende el amor, como una chispita en leña mojada, porque el alma aún está ocupada por los apetitos inferiores.

El amor en esta época pasa y obra de un modo inconsciente; es obra de convicción y de subido esfuerzo; es algo como violento, y hasta al parecer artificioso, porque el alma, mas o menos, aún sigue metida en sus naturales impulsos, buscando los bienes de la tierra. Un amor de esta naturaleza nos parece a nosotros mismos, en momentos de honda sinceridad, algo así como un engaño, una mentira, y ni apenas nos atrevemos a decirle a Dios que le amamos; pero es una mentira que tiende a convertirse en verdad, tanto más cuanto más en ella nos afirmamos.

Y como ya la voluntad va hacia Dios, comienza a buscarle en la oración y dirigir hacia Él, aunque con esfuerzo, el pensamiento; porque la oración propiamente no es más que eso: poner en Dios el pensamiento, levantar la mente a Dios.

La mente es cosa un poco distinta del pensamiento; es más o menos que él, según se mire. En este caso pudiéramos decir que la mente es la intención del pensar; elevar, pues, la mente a Dios es encauzar el pensamiento hacia Dios.

De un modo o de otro, es un hecho que aquello que nos interesa nos preocupa y nos ocupa, o hace que se ocupe en ello nuestro pensamiento; y que cuando nuestro interés está puesto en Dios,

brota en nosotros el deseo de la oración, que es el medio de entrar en trato íntimo con Él.

La oración es efecto y es causa del amor juntamente; es efecto porque nadie se pone en oración sino por amor; y es causa, a su vez, porque de la oración sale siempre el amor fortalecido y acrecentado. Por otra parte, es un excelente ejercicio de amor por las dificultades no pequeñas que consigo trae, tornando y volviendo a tornar mil veces las potencias, de los objetos terrenos, a que instintivamente se van, hacia el objeto, Dios, hacia el cual queremos que tiendan y que poco a poco se vayan aficionando.

Muchas veces, cuando nos pregunta acaso nuestro Director cuál ha sido la causa de nuestras distracciones en la oración, de nuestras fantasmagorías, decimos: «Nada, cualquier tontería.» Pero si queremos examinarnos a fondo, veremos que es que hay algo que nos interesa en esa misma tontería, es decir, fuera de Dios. Cuando nos distrae es que de alguna manera es para nosotros objeto de algún amor; es que nos halaga, que nos satisface o que nos duele y nos contraría. El pensamiento y en general todas las demás potencias, van siempre arrastradas por el amor. Por eso, rechazar distracciones, luchar por fijar en Dios el pensamiento, ampliando los conocimientos de Él, oyendo y hablando de Él, fijando la atención en Él... es engendrar amor hacia Él y acrecentar más y más ese amor.

El camino del amor es ese, y no hay otro. Suele decirse y con razón que «al corazón no se le manda»... despóticamente. No basta que queramos

amar para que por eso nuestro amor sea un hecho. Él amor es el movimiento de la voluntad, que se nos va hacia el bien que la inteligencia le muestra. Por eso Santa Teresa decía: «Todo este negocio es amor; pero yo no sé por dónde nos ha de venir ese amor si no es por el camino del pensamiento.»

Todo cuanto hay en Dios es infinitamente bueno y hermoso; es decir, infinitamente amable. ¿Qué necesitará, pues, nuestra voluntad para irle amando de veras sino conocerle, conocerle más y más, por cuantos medios en este mundo sea posible, conocerle y acercarse a Él e ir probando poco a poco las mieles de su trato y las embriagueces amorosas de sus infinitas dulzuras?

Una vez que ha prendido en el alma el amor, tiene que ver todas las cosas en Dios y como alumbradas por el resplandor de Dios. El tender a Dios y buscar a Dios forma ante nuestra vista como una lente, que nos hace ver coloreadas de Dios todas las cosas y descubrir por todas partes su huella.

El amor que comienza a poner a Dios en nuestro pensamiento, lo pone también en nuestra pupila, y todo lo que vemos lo vemos a través de Dios; y lo pone en nuestro oído, y nada queremos oír y entender si no se refiere a Dios; y lo va poniendo poco a poco en nuestros gustos, injertando sobre nuestros sentidos naturales otros sentidos nuevos sobrenaturales; de modo que ya nada nos deleita ni nos sabe bien si con salsa de Dios no viene adrerezado. Es algo así como cuando miramos al sol unos instantes, que de tal manera

nos ciega y nos cautiva, que ya después, hacia cualquier parte que miremos, descubrimos su disco rutilante entre las sombras.

Esto en el fondo y propiamente no es otra cosa sino actuar la fe, porque verdaderamente Dios está en todas partes y lo llena todo y nada tiene ser sino en Él y de Él viene todo y a Él vuelve. Y como Dios es dulzura infinita, a medida que nuestros sentidos y potencias se van hacia Él le- antando y proporcionando por obra del amor, vanse también engolosinando; de modo que ya nada, fuera de Él, bien les sabe. A esto nos invita el Profeta cuando dice: «Gustad y veréis cuán suave es el Señor.» Y esto es lo que con Santo Tomás en el *Adoro* te le pedimos: «Haz que sólo de Ti viva mi alma y en Ti tan sólo encuentre sus dulzuras.»

La fe sin la caridad es informe, inerte y como muerta o muerta de verdad, y en todo semejante, por su inacción, a un cadáver. La fe, con una caridad remisa y tibia, es una luz que se apaga, y ni alumbra apenas, como vemos desgraciadamente en tantos cristianos, dejándoles marchar entregados y conducidos casi por completo según los instintos de su natural razón o de sus inferiores apetitos. La fe, en cambio, con el amor, como vamos viendo, todo lo ilumina con divinos resplandores, todo lo transforma y vivifica, todo lo va llenando de heroismos y victorias, de consuelos y como salpicaduras de inefable bienaventuranza.

No es, pues, solamente la fe adherirse con el entendimiento a las verdades reveladas, que están

contenidas en el Símbolo y que estamos obligados a creer, sino que hay que adherirse a ellas con todo nuestro ser, y con todas nuestras potencias; y a la vez se han de iluminar con ellas, porque son luz..., todos los horizontes de la vida. Otra cosa sería llevar una linterna encendida en el bolsillo para seguir caminando en sombras.

La aptitud del entendimiento es según la aptitud de la voluntad. Y en toda persona digna y equilibrada no debe haber separación ni tabiques entre la voluntad y el entendimiento; de modo que lo que en éste es convicción, ha de ser en la voluntad impulso y viceversa. Cuando la voluntad está dispuesta y viva en el amor, la antorcha de nuestra fe brilla esplendorosa y desde las alturas de la inteligencia todo lo ilumina.

El amor de Dios de suyo no entra dentro de lo consciente, no se siente porque trasciende de nuestro natural sentido; el amor se conoce por las obras, y la primera de ellas es ésta: dar forma a la fe. «En esto se conocerá que me amáis —dice Cristo—: en que guardáas mis mandamientos.» Y los mandamientos son la forma vital de las creencias.

Aquí, sin embargo, abundan mucho en las almas ciertas equivocaciones; creen que la caridad ha de revelarse en seguida en obras exteriores, y no es cierto. De por sí, la primera obra de la caridad es el moldeamiento de la voluntad y de la persona misma que ama. Si el amor es impulso hacia el amado con ansias de conquista, el medio de conquistarle es *agradarle*; y no le agradaremos sino moldeándonos ante todo a nosotros

mismos según Él, según sus gustos, a fin de que se sienta hacia nosotros atraídos o nos atraiga hacia sí y en nosotros encuentre sus complacencias.

Esto nos revela San Pablo en aquellas cualidades que le va asignando a la caridad cuando dice: «No es hinchada, no piensa mal, ni tiene envidia, ni obra cosas vanas; se alegra en la verdad y en el bien, nunca en el mal; todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre...» Todas estas son obras que hemos de ejecutar por la caridad en nosotros mismos, a fin de irnos haciendo gratos al Amado, sin necesidad de derramarnos hacia fuera en obras exteriores.

Por lo común, ese afán de entregarse a obras exteriores, con todas esas actividades excesivas, a que un celo indiscreto nos lanza, denotan mucha imperfección en la caridad. Es el mundo que atrae, inconscientemente todavía, aunque ya con pretextos y bajo formas de bien; y que se nos sigue mezclando y que nos sigue aprisionando... Es como cuando se echa un leño en el fuego: si está verde, empieza a chisporrotear y a meter ruido, sin que, por otra parte, despida de sí apenas ningún calor; en cambio, cuando ya se deja vencer por la acción del fuego, entonces, sin ruido alguno, calienta mucho más.

Lo difícil es negarse y negarlo todo, arrojarse en Dios y dejarlo todo, salvo, naturalmente, lo de obligación. Y por aquí es preciso comenzar si solícitamente y de veras se quiere seguir a Cristo.

Ese afán de entregarse así a obras exteriores, es tentación de principiantes, como decía Santa

Teresa; tener al parecer un grande celo por la santificación de los otros, cuando apenas se ha hecho nada aún en la santificación propia. Querer que los demás agraden mucho a Dios, cuando uno mismo le es acaso aún profundamente repugnante. Ofrecerle a Dios dones y obras externas que le agraden, cuidándose poco o nada de hacerle efectivo y agradable el don de nosotros mismos, que es lo que primero y principalmente nos pide. Eso es invertir los términos; y creyendo así que se hace mucho no se hace nada. ¿Qué diríamos de una esposa que cuidase mucho de que su marido tuviese muchos y buenos servidores, mientras ella, en cambio, no hace nada o hace muy poco por hacérsele agradable...?

Alguna vez, sin embargo, bueno será poner al alma desde el principio en esa actividad y esas obras externas de caridad y de celo, porque pudieran ser el único camino para sacarla de otras obras de vanidad y de pecado. Pero esto habrá de obedecer a una necesidad impuesta por las circunstancias.

El verdadero amor comienza por ser transformación de nosotros mismos. Oración, ansias de Dios; eso es actuar la fe, darle forma. Ese interés intelectual, esa curiosidad de saber, de conocer, de vivir todo lo divino es la mejor señal del amor. Eso es lo que nos pide Dios; pero esto no se logra sin recogimiento, sin apartamiento de criaturas, sin quietud y soledad de espíritu. El primer efecto del amor en un alma es dirigir a Dios la mente, y en cuanto cabe, el pensamiento mismo, llegando a estar como obsesionada en

Dios. ¿Cuándo nos hemos esforzado a hacer esto por Dios? Esto generalmente no se produce, como ya hemos dicho, sino de una manera reflexiva, no instintiva, con verdadero esfuerzo del alma, que en ello pone todos sus cuidados y solicitudes, convencida de que esta es la única cosa necesaria.

El amor es una especie de fueguecillo, que hasta que no ha prendido bien en la leña, hay que cuidarlo mucho y echarle pajitas secas de continuo y darle aire y soplar para que se encienda; mas después de bien encendido, ya se le puede echar leña más verde y aún abandonarle a ratos y echarle agua sin temor de que se apague, porque es muy grande la brasa y el rescoldo. Así es el amor de Dios. A los comienzos hay que cuidarle mucho y echarle pajitas de afectos y devocioncillas, que aunque no es mucho el calor que producen, contribuyen a que se vaya más y más encendiendo el fuego; y sobre todo hay que soplar mucho y darle aire con el pensamiento, mediante lecturas y reflexiones y meditaciones, cortitas acaso, pero grandemente provechosas.

Después... ¡ah!, después ya no importa la separación por tiempos más o menos largos, para dedicarse a obras de celo; porque ya en el fondo, la separación, que es cosa tan contraria al amor y que a los principios puede ser tan funesta, cuando el amor ha crecido viene a ser punto menos que imposible, pues realmente nada hay que saque a Dios a un alma así, ni pueda verdaderamente distraerla.

Con estos esfuerzos y esos cuidados que deci-

mos, es como la oración tiende a ser constante, incesante, cosa que parece un imposible, pero que no lo es puesto que el Señor así nos lo dice: «Orad sin intermisión.» Y esta oración constante viene a ser como un viento fuerte que sopla el fueguecillo del amor, ya bien prendido; y de efecto que era, viene a ser a la vez causa del amor y de sus incesantes crecimientos.

Claro está que esa oración continua supone durante mucho tiempo un esfuerzo continuo por parte nuestra, un salpicar todas nuestras obras y todo nuestro tiempo con jaculatorias y elevaciones del corazón; una fidelidad muy grande sobre todo para cumplir muy bien y con la preparación y la atención debida, todos nuestros ejercicios piadosos.

Muchas veces vamos a la oración sin preparación y creemos han de producirse sus efectos de una manera mecánica, o por obra nuestra, o como don inerte y exclusivo de Dios. Y no es así. La oración es don de Dios, ciertamente; para ser verdadera tiene que ser en mayor o menor grado sobrenatural, tine que proceder de raíz sobrenatural, tiene que ser el Espíritu Santo el que en nosotros y por nosotros diga: «Abba, Padre...» Pero al mismo tiempo necesita de cultivo, no puede lograrse sin trabajo, sin esfuerzo. Nuestro jardín por sí solo no produce trigo escogido ni hermosas flores.

Este esfuerzo nuestro ha de comenzar por adquirir por todos los medios posibles la mayor cantidad de conocimientos de Dios y de sus cosas y misterios. Si yo os dijera: pensad un cuarto de

hora en el emperador de Trapobana, ¿qué diríais? Seguramente que os resultaba imposible, pues nada sabéis de él. Pues lo mismo, para pensar en Dios, para orar, hay que echar leña de Dios en el pensamiento.

Cierto es que todo ese conocimiento que de Dios podremos por nuestras fuerzas alcanzar es bien escaso; Él puede dárnoslo mucho mayor en un instante; pero por ser, al fin, dádiva suya, no es bien cruzarnos de brazos ni dejar de dar vueltas a la noria por esperar a que llueva.

Hemos de procurar dar pasto a nuestro pensamiento, darle ideas claras de Dios, buscar antes de la oración puntos llenos de doctrina, no buscar afectos (salvo cuando ya otra cosa no es posible), que es precisamente lo que muchas almas gustan de hacer; de donde resulta que ni dan pábulo a su pensamiento, ni esos afectos, puramente sensibles, pueden dejar ningún rastro substancial. Debemos buscar cosas sólidas; las ideas, la luz, son como las raíces y el tronco; los afectos, como las hojas y las flores, que de aquéllas han de brotar espontáneamente; que si fuesen artificiales o postizas pronto se marchitarán sin llevar fruto.

La voluntad mueve al entendimiento a pensar; pero luego el entendimiento alumbra la voluntad y viene a ser como su paje de hacha. Para hacer bien la oración, lo primero que se necesita es tener conocimiento de Dios. Si vamos adquiriendo ese conocimiento, ¡qué fácil nos será luego pensar, rumiar, digerir, iluminarlo y transformarlo todo, cuando frente a ese elemento de ora-

ción ponemos nuestra alma y nuestra vida, nuestro pasado, nuestro presente, nuestro porvenir y el mundo entero, el tiempo y la eternidad...!

Con esa luz es con lo que toma aptitudes nuestra voluntad e imprime dirección acertada a sus movimientos. Esa luz divina comienza siendo efecto del amor, que a buscarla nos mueve, y acaba siendo causa del amor mismo, que sólo por ella se madura y perfecciona.

La oración, no hemos de olvidarlo, supone esfuerzo, porque nuestras potencias naturalmente van a parar a lo que les halaga; y Dios, mientras vivimos en el mundo, no es objeto proporcionado a ellas. Y como la cabra tira al monte, sí ellas tiran de continuo hacia sus objetos connaturales. De ahí el esfuerzo que supone la oración; y esa es la mejor prueba del amor, que de esa manera se ejercita. Santa Teresa misma confiesa que, en ciertos días, ninguna ocupación, por penosa que fuese, le costaría tanto como el permanecer firme en la oración.

El que comienza a amar comienza a entrar en comunicación con el amado; y ese es el instinto más fuerte del amor: la atracción hacia el Amado, el ansia de oración. Y no progresa bastante nuestro amor precisamente porque no buscamos entrar en comunicación con Él a toda hora. La obra principal del amor es la oración. Y esa es la ciencia de los santos.

Para la oración se requiere silencio, recogimiento, abstracción de criaturas, a menos que por estado u otra razón no estemos obligados a otra razón no estemos obligados a otra cosa;

porque entonces lo que de Dios viene, eso, no puede contrariar a lo que a Dios lleva. Con esta vida recogida que se alimenta con lecturas espirituales y cosas santas, y que dirige preferentemente su atención hacia lo interior, es como se desarrolla el espíritu de oración, esa preocupación constante por las cosas de Dios, por lo que nos da de Él noticia, y se logra la comunicación de espíritu a espíritu, de alma a alma, haciendo que sea la oración como una luz que nos dirija a Él constantemente. Por eso bien se puede asegurar que persona de oración es persona santa o que va camino de serlo.

Emprender ese camino en la medida de nuestras fuerzas es lo que debemos procurar con todo empeño. Más que el celo vale la oración, que incluso por el esfuerzo que implica nos une más a nuestro fin y es más meritoria. La oración, en fin, es como la llama que brota del fuego del amor y le ayuda a más y más inflamarse y consumirse. Después que estemos muy afianzados en el amor de Jesucristo, Él mismo nos echará de Sí, para que vayamos en busca de sus hermanos y hermanos nuestros. Pero mientras, es preciso perseverar en la oración hasta que descienda sobre nosotros el Espíritu Santo y nos transforme en Apóstoles. La vida activa nace de la contemplativa y sólo así podrá sin mengua y con provecho ejercitarse.

## IV

## EL FIN DEL AMOR

El amor comienza propiamente a actuar en el alma cuando se establece una especie de fusión entre el amante y el amado. El amor tiene dos tendencias: darse y recibir; poseer y ser poseído, y sólo cuando perfectamente es poseído y perfectamente posee llega a ser perfecto, absolutamente perfecto. A esta clase de amor, a esta perfección del amor, sólo puede llegar el amor de Dios. Esto de quedar el amante compenetrado, incorporado con aquel a quien ama, no puede alcanzarse en los demás amores.

Por amor de benevolencia, puede uno desear a otro su bien, sacrificarle el propio bien; puede llegarse hasta los mayores sacrificios; pero jamás podrá darse el uno al otro ni llegar a efectuarse esa total fusión, afectiva y efectiva. Porque una pura criatura ni puede darse a otra plena y perfectamente en todo su ser, ni puede ser por otra pura criatura según todo su ser recibida y poseída. Esto sólo puede darse en Dios.

El amor adquiere verdaderamente la forma de tal cuando queda de algún modo subordinado el bien del amante al ser y al bien del amado. Ejemplo: el amor de los esposos, el de las madres, como la mujer del Zebedeo que, olvidada de sí, sólo en los hijos piensa, gozosa de servir como de cimiento para el pedestal de su gloria.

Esta unión, naturalmente, no puede darse perfecta, ni aun con respecto a Dios, mientras vivimos sobre la tierra; porque Dios en Sí mismo no es el Dios que podemos nosotros aquí alcanzar. Y ni aun la fe lo pone propiamente a nuestro alcance, pues lo deja siempre envuelto en el misterio, en la nube tormentosa desde la que hablaba con Moisés. Cierto es que el reino de Dios está en nuestras almas, está realmente «dentro de nosotros»; pero sólo como en germen y envuelto entre los velos del misterio; y aun así y en todo caso se alcanza sólo por la actuación del amor. Un amor a distancia, porque nadie puede poseer a Dios sin morir; un amor en que siempre hay algo que nos separa del Amado, que es el tabique de la carne en que vivimos.

Por eso, naturalmente, el amor de Dios es un imposible; es como abrazarse con la nada (por la cual hay que pasar para llegar al todo según San Juan de la Cruz); por eso es don sobrenatural de Dios su mismo amor y virtud infusa por el Espíritu Santo en el alma.

¿Cómo, pues, por ese amor podremos llegar a sentir a Dios en nosotros o a sentirnos a nosotros en Dios? Esto se va logrando a medida que el alma sube por las ascensiones o moradas de la vida mística, cuyo término es la unión perfecta con Dios. Esa plena incorporación del alma en Dios, ese ya no sentir nada de sí, sino sentir a Dios sin esfuerzo alguno por parte del alma, es obra francamente sobrenatural y comienza con la vida mística, porque entonces es cuando Dios

empieza a dejarse sentir, o a dejar, por lo menos, sentir su acción fundida con la nuestra.

Realmente la mística es la actuación del don de entendimiento y del de sabiduría, o sea el conocimmiento experimental de Dios y de las cosas divinas, gustándole y saboreándole dentro de nosotros mismos. Y la actuación de estos dones es lo que engendra en el alma la verdadera contemplación. No siempre, sin embargo, tiene conciencia clara de estas cosas, el mismo que las experimenta.

Antes de llegar al *estado* de la contemplación, hay toques de Dios en las almas que producen esas luces, esos sabores divinos, esas decisiones heroicas, ante las cuales desaparecen y se esfuman todos los obstáculos; son toques místicos, que no vienen siempre al alma en forma de conocimiento, sino en forma de realidad experimentada, vivida. Un dolor, un gozo en el orden natural, no se conocen, se sienten; no tenemos de ellos un concepto, una idea muerta, sino una experiencia vital. Pues de la misma manera experimentamos por lo común los toques de Dios; realidad fundida con nuestro propio vivir, luz substancial, resplandor palpable, energía verdadera, transformación que penetra hasta las raíces mismas del ser.

Cuando el alma comienza a ser fiel y hace lo que de su parte está para realizar ese acto primero del amor que es el estar con Dios, cuando hay esa decisión en el alma, Dios, después de un tiempo más o menos largo de ver ese esfuerzo en el alma, viene a ella, porque el amor tiende a ser

mutuo; déjasele sentir, dale el abrazo de su amor, bésala con el beso de su boca; de modo que ya todo esto no lo sabe el alma por fe, sino por haberlo experimentado. Conoce a Dios por experiencia, según aquello del salmista: «¡Gustad y veréis cuán suave es el Señor!»

Esto no siempre empieza a sentirse del mismo modo, sino unas veces de una manera y otras de otra; unas veces con luces, dando a conocer al alma lo que hasta entonces por completo ignoraba; otras veces con fuerzas, y se siente capaz de lo que hasta entonces le parecía imposible realizar; es ya la virtud infusa, actualmente infusa.

De todo esto no siempre las almas se dan cuenta, pero sí aquellos que las dirigen. Y si ellas son fieles, y se esfuerzan por hacer fructificar los talentos, que Dios les va dando, y perseverar, sobre todo, en la oración, seguirán siempre creciendo de virtud en virtud y cabarán por recorrer hasta el fin esas dos vías: la iluminativa y la unitiva.

En tonces se resuelve ese *imposible* de la verdadera unión: sintiendo a Dios (aunque es un sentir que trasciende a todo sentido), experimentando a Dios, le aman con un amor más verdadero, porque propiamente sólo se ama lo que de algún modo se siente, lo que se experimenta, pues es bien cierto que sólo se ama lo que se conoce y más o menos según la forma en que se conoce. De donde se sigue que cuanto el conocimiento es más directo e inmediato, tanto más sólido fundamento presta al amor.

Entonces es cuando la caridad se actúa según su propio ser, ser divino, difundido por Dios en

nuestros corazones; entonces amamos a Dios, apoyados y sostenidos en el acto mismo de amar por Dios; y nuestro amor comienza a ser digno de Dios, porque es divino, y de algún modo podemos decir que Dios amante se digna unirnos consigo en el amor con que a Sí mismo se ama.

Y ya todas las virtudes que adquiere el alma en este estado y de las cuales se siente, sin saber cómo, adornada, le parecen cosa totalmente nueva, pues en nada se parecen a las anteriores. Sus antiguas virtudes le parecen falsas, artificiosas y llenas de mentira, como flores de trapo o de papel ante flores frescas, naturales, recién brotadas sobre un tallo vigoroso. Entonces, no sólo en cuanto a la raíz, sino también en cuanto al modo, todo queda transformado; empieza ya a volar, siente que ha perdido tierra, y aunque todavía no vea claramente adónde va, bien sabe, sin embargo, que va camino del cielo.

Pero aun después de haber experimentado el alma todo esto, cuando estos toques de Dios son aislados, viene a veces a quedar en una postración inmensa, en una tiniebla oscurísima, con grandes ansias de amar y sintiendo como nunca su incapacidad para el amor y aun tal vez el rugir desaforado de sus pasiones. El amor con que antes amaba, amor interesado y muy humano todavía, amor de afectillos un poco artificiosos, como eran artificiosas y sin vida apenas todas sus antiguas virtudes, parécele al alma que lo ha perdido y que con él ha perdido todo lo bueno que en ella había.

Y es cierto que ha perdido todas esas cosas,

pero es para dejar paso a otro amor y a otras virtudes superiores, que por ser más de Dios, se sienten menos, o por ser en absoluto totalmente dádiva y acción de Dios, sin que de suyo y por propia cuenta obre nada el alma, viene ésta a juzgarse a sí misma inútil y vacía por completo.

¿Por qué la deja así el Señor...? ¡Ah!, pues porque si Él nos llevara siempre en volandas, ¿cómo probaríamos que le amamos? Se esconde para ser buscado; ese buscarle es hacer fructificar la gracia de Dios. Si no se escondiera, ¿qué méritos tendríamos? ¿Qué fruto produciría la semilla sembrada en nuestras almas...? Hay que dejar que esa semilla crezca y fructifique. Hay que esperar a que la tierra del corazón, así laboreada, dé su cosecha. Es preciso que no sea Él, sino que seamos nosotros los que, asimilando esa gracia, vayamos poniendo en explotación los tesoros de virtud y merecimiento que encierra, las energías y heroísmos y martirios que es capaz de producir y soportar. Se nos dejó ver un momento y huyó para que, cual la Esposa de los Cantares, le salgamos buscando noche y día por calles y por plazas, por montes y collados...

Entonces Dios, que es siempre fiel y que no busca sino almas fieles, va aumentando en el corazón ese amor, esa capacidad de amar; y así el alma más y más se enamora y en ese enamoramiento va adquiriendo como una especie de estamiento y de fijeza, con la que el amor viene a absorber toda su vida y a identificarse con su propia vida, vida de martirio ciertamente, porque el amor no es dulzura mientras no triunfa del todo.

Dios, aun después de esto, sigue edificando el amor en el alma, por que si Él no lo pone, nosotros no podemos conseguirle. Esta impotencia para amar y para todo lo bueno la siente el alma de una manera flagrantísima. Y como, por otra parte, las pasiones, aunque muy sujetas, como perros encadenados, no dejan de rugir y amenazar y empujar hacia el abismo, viene a resultar que el alma se tiene a sí misma por lo que es en realidad, es decir, por un semillero de maldades, capaz de cometer los mayores crímenes si una fuerza superior no la sostuviera, y del todo impotente para lo bueno, hasta para decir simplemente *Jesús*, como San Pablo enseña.

De este modo es como se establece en el alma la verdadera humildad, en la cual y por la cual el amor triunfa. Y el alma en su nada se adhiere a Dios y busca sólo su gloria. Y entonces es cuando comienza en ella el estado de unión, que es ya de suyo permanente.

Hay que insistir en que de suyo la contemplación no es ver, en el sentido vulgar de la palabra; ni siquiera ver con el entendimiento, mientras éste no esté revestido de la lumbre de la gloria. Dios es tiniebla precisamente a fuerza de ser luz, como lo son para el ojo los rayos ultravioleta...

Estas iluminaciones espirituales, de suyo, no se parecen a la luz; es una luz que ilumina sin iluminar, salvo excepciones, en que Dios hace sentir algún pasajero resplandor; comienza el alma a sentir o a percibir y como a darse cuenta del fondo real de todas las cosas, pero sin saber cómo ni por dónde le ha venido, ni cómo se obró

en ella este milagro; pues que es cosa milagrosa, sí es bien claro.

Lo cual es compatible con que el alma se sienta en tinieblas. Nada ve ni sabe por dónde va: y, sin embargo, en sus juicios y en su vida acierta siempre. Se apagan las luces naturales y parece no haberse encendido otras, porque es un ver sin ver que cala hasta la substancia de las cosas. Es como cuando se ilumina un cuerpo con Rayos X: hay que quitar toda otra luz y entonces se perciben los huesos y todas las partes sólidas de lo interior, pero no se ve la piel ni la superficie.

Este estado, de suyo, como decíamos, es permanente, es inalterable, inamisible; es el abrazo de Dios; estado que comprende tres grados: la simple unión, el desposorio y el matrimonio espiritual. Eso de que el amante se sienta transformado, unificado con el amado, es lo que en este estado se verifica. Aquí es el crecer y florecer de todas las virtudes «Veamos si va floreciendo la viña», y si va produciendo ese vino del amor que lleva hasta la enajenación de los sentidos, hasta la locura, a imitación de Cristo en el Calvario; hasta el *morir por no morir*, pues la separación en que se encuentra el alma respecto de su Amado, le es infinitamente más dolorosa que todos los martirios que para llegar a Él pudieran ofrecérsele.

Esta unión adquiere un carácter particular de realidad intensísima al recibir a Jesús en el Sacramento del altar, prenda y anticipo de la futura y perfecta unión de la ploria; que no es esto cosa aparte, sino el complemento de la vida espiritual.

Es un conocimiento experimental que nos hace sentir a Dios, alimentarnos de Dios, vivir en Dios y de Dios.

Cuando así comenzamos a sentirlo en nosotros, ¡qué pequeños, qué pobres, qué miserables nos encontramos! Ante la Majestad, la Santidad, la Hermosura, el Amor, el Resplandor de Dios, nuestra alma aparece como pura nada, pura maldad, pura suciedad, puro pecado.

Aquí se cumple como espontáneamente aquello de «odiar su propia alma». El alma que así se ve, ¿cómo ha de amarse a sí misma? Entonces todo nuestro amor en Dios se concentra. Sólo queremos y buscamos a Dios y lo que nos habla de Dios; lo demás ni nos interesa ni lo entendemos. Santa Catalina de Sena no entendía sino a los que le hablaban de Dios; y cuando alguna vez oía hablar de asuntos de mundo, le sonaba de una manera semejante a como si hablasen en chino o en alguna otra lengua totalmente desconocida. Así es como, lograda esta transformación del alma en Dios, se cumple el «vivo yo; mas ya no yo, sino Cristo es el que vive en mí».

Eso trasciende la virtud de la fe, aunque es desenvolvimiento suyo; porque propiamente ya es obra de los dones del Espíritu Santo.

Entonces sí que ya brotan los frutos maduros de santidad. Lo mismo da que esta alma se encuentre encerrada en una celda, o escondida en el fondo de un desierto; siempre aprovechará mucho más para el bien de las almas y para la gloria de Dios que los mil apóstoles tibios que andan por el mundo.

Y no penséis que este estado de unión es sólo para religiosos, sino que en medio del mundo se puede alcanzar, y a todos, sin excluir a nadie, nos llama Dios a esa perfección y a buscar ese tesoro.

Busquémosle, pues, con todo ardor, que es el natural desarrollo de la caridad, que nos fue infundida, pero que tenemos atada y como muerta, y es a la vez el camino y como el anticipo de nuestra mayor y única felicidad. Eso, que es un imposible para la naturaleza, el sentirse unido a Dios, el transformarse en Dios, ha de ser obra suya, cierto, pero que infaliblemente se realizará en nosotros, si somos fieles; pues Dios, en su infinito amor, no busca ni desea otra cosa que el darnos, aun en esta vida, esa verdadera bienaventuranza, que es la dádiva del Amor, la dádiva anticipada de Sí mismo.

Vosotras, almas oprimidas por el dolor y los desengaños; las que habéis soñado alguna vez en amores puros, y tras de muchas tentativas sentís sangrando acaso por cien heridas el corazón que nada habéis encontrado digno de vuestro amor en el mundo; las que padecéis la enfermedad de la tristeza y del hastío, junto con un hambre infinita, señal de la nobleza verdadera, según San Francisco de Sales; las que tenéis ansias de volar hacia la altura en busca de más puros horizontes, para beber a torrentes la pura luz y gozar de un descanso inalterable; las que sentís palpitar muy dentro de vosotras así como un fermento de grandeza ancestrales, savia de divinidad y sello

augusto de superior realeza; vosotras, hijas de Dios, alzad el vuelo...

Muy dentro de vosotras mismas hay otro mundo mejor —ya lo sabéis—, de bellezas y goces infinitamente superiores a los del mundo de fuera. ¿Quién que haya trabajado con humildad y perseverancia en su conquista pudo jamás llamarse a engaño...? Ese es el *Reino* de Dios, adonde sólo se llega por la renunciación completa de sí mismo en aras del perfecto amor... Y el alma que a él llega, de esclava se convierte en Reina —señora y dueña de sí y del universo en posesión perfecta—, pues la hace Esposa suya el mismo Dios.

## V

## FRUTOS DEL PERFECTO AMOR

Imposible expresar con palabras lo que es inefable y está por encima de toda palabra. ¿Quién podrá encerrar en palabras humanas lo que sólo se puede expresar con palabras divinas? El amor de Dios no puede con palabras explicarse, porque ese amor es el mismo Dios. Así vemos que las almas santas, que han experimentado ese amor, cuando han querido declarar algo de él, no han sabido hacer otra cosa que una serie de exclamaciones, de interrupciones, de rectificaciones..., dando por indescriptible, por inexplicable, por inefable ese conjunto de experiencias y de fenómenos internos, ese torrente impetuoso del divino

amor, rebotando en el alma como cascada imponente... y teniendo cuanto sobre ellos llegaban a decir, no sólo por palidísimo y lejanísimo, sino por verdaderas blasfemias...

Trataremos, por tanto, más bien de explicar tan sólo sus consecuencias, sus frutos. Ese estado de unión, producido por el amor perfecto, debe ser ansiado con la mayor ansiedad por todas las almas. Nuestro Señor nos lo promete en el Evangelio, como premio y recompensa a los que le sirven, a los que le aman, en lo cual consiste el cumplimiento de toda la ley: «El que me ame será amado por mi Padre y a él vendremos y en él pondremos nuestra morada.» Y Dios quiere no sólo morar en nuestras almas, sino hacernos sentir su presencia.

Esto llegará cuando nuestro espíritu, libre ya de sí mismo y de todo lo que no es Dios, logre hacerse apto para ser absorbido y como anegado en él. Pero dejando la descripción de esta unión para un San Enrique Suson, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa..., vamos, como digo, a fijarnos en algunos de sus efectos.

El primero es seguridad. El alma que ha llegado a este estado se siente impulsada a exclamar como la Esposa de los Cantares: «He hallado al que buscaba mi alma, al que ama mi alma»; y como ella, confía y descansa en Él plenamente: «Téngole y *no le dejaré.*»

Explicando Santo Tomás esta seguridad, dice que es de por sí absoluta, por ser de suyo eterna la unión de dos cosas que están formadas la una para la otra, como es el alma para Dios. Por par-

te de Dios, es indudable que Él no puede abandonar el alma. Por parte del alma, considerando su esencia, también es eterna esta seguridad en la unión, y a ella misma se lo parece; aunque por estar aún unida con la carne, queda siempre como posible, más o menos remotamente, la caída.

El alma es cierto que puede descuidarse, que puede decaer y apartarse de lo que constituye su fin; pero si es fiel y persevera en esa fidelidad, como ella firmemente quiere serlo, a medida que va subiendo y acercándose y uniéndose más y más con Dios, se produce en ella una especie de confirmación en gracia, que hace prácticamente esa unión casi por completo indisoluble.

El alma lo sabe, lo siente, lo vive; le parece del todo imposible apartarse de Dios; por eso tiene una confianza tan absoluta en Él, que le parece que nada la puede separar, pues tiene conciencia de que ese amor con que ella le ama es amor por Él mismo puesto en ella. Por eso con San Pablo exclama: «¿Quién nos podrá separar de la caridad de Cristo? Ni la muerte, ni el infierno, ni criatura alguna...»

Esta seguridad vivida de que goza, es compatible con las tinieblas, con las tentaciones; pero como se siente de tal modo invadida por el amor, sumergida en el amor, siente que ha alcanzado su fin y el fin que Dios se proponía en ella —porque Dios no busca otra cosa que poner así a las almas— y la beatitud íntima desbordada de ese amor. Y al mismo infierno se arrojaría gustosa

siendo para gloria del Amado y con tal de poder seguir amándole eternamente.

Por eso los que poseen ese amor apenas pueden hablar si no es por exclamaciones, como se ve en los «Conceptos de amor de Dios» de Santa Teresa y en muchos pasajes de Santa Catalina de Sena. Es una especie de cielo que, en cascada imponente, anega y arrebata el frágil vaso de nuestra naturaleza, todavía no inmortalizada ni capacitada para recibirle.

Y estas almas, no pudiendo contener en sí tanta dicha, se ven obligadas a decir a Dios: «¡No más, no más!»

Cielo es este compatible también con un Calvario, al que se ofrecen llenas de generosidad. En esta vida nadie puede dejar de padecer, porque el día que acabase ese padecer, que es la fuente del merecimiento, acabaría nuestra razón de ser en la tierra. Si estamos en ella para ir creciendo en amor y fructificando en amor, por la cruz ha de ser. Cristo cuando lo padeció todo —*Consumatum est*— se fue a su Eterno Padre.

Por eso no quieren saber, ni gozar, ni vivir otra cosa sino a Cristo crucificado. Y por esta sabiduría, sumergidas, anegadas, inflamadas en este misterio de amor, conocen a Dios y a sí mismas, y comienzan como a entenderlo todo, abismándose en un mar de resplandores: Creación, Encarnación, Calvario, Eucaristía, Cielo... Todo les parece de alguna manera comprensible y hasta, en cierto sentido, natural, porque saben algo del amor, saben algo de Dios, y cómo rasgando un poco el velo del Misterio, en el Amor y en Dios

se explica todo. ¡Oh Alteza! ¡Oh abismo! ¡Oh Amor infinito de nuestro Dios!

Y ese gozo y ese cielo anticipado, que en medio de estos otros trabajos gozan las almas que a este estado de unión llegaron, no tiene más razón de ser que para fortalecerlas; fortalecerlas para más padecer. En ese martirio que padecen quedan virtualmente con unas ansias infinitas de padecer más; y en cada sufrimiento que se las presenta se alegran con la misma alegría con que se alegra un avaro al encontrar un tesoro. Y por eso, después de haber llamado a la muerte con ardentísimas quejas, volviendo sobre sí mismas, llenas de energías la rechazan: No morir, no morir, sino padecer.

Aparte de eso, lo que constituye un verdadero martirio para estas almas es precisamente su mismo amor. Tiene forzosamente forma de martirio, porque ya todo en ellas no es sino amor, sus fuerzas todas son amor; y hay algo, sin embargo, que del objeto de su amor las separa, que es su vida. Entrar en esa posesión de Dios que ansían, no es posible en esta vida, y esa es la causa de su martirio. Y cuanto más aman, más sufren, porque el dolor es siempre proporcionado al amor. Por eso el dolor de la Santísima Virgen fue superior al de todos los martirios, porque su amor fue mayor que todos los amores.

Ahora bien; el amor de las almas en esta vida es un amor contrariado, no pueden gozar de Dios hasta anegarse en su seno. Y esas almas, aunque no pierden su presencia, tienen que atender a las

cosas de la tierra; y ese algo que de su objeto las separa no lo pueden sufrir.

Estos fenómenos, que son vida, no pueden con palabras explicarse, como de la flor no podría explicarse el aroma; hay que sentirlo. Seguridad, martirio, estos son los efectos que causa el amor en esas almas, que ya viven sin vivir en sí. Pero juntamente con ese amor a la cruz y a mil martirios, junto con todo eso, o por mejor decir, edificándose en eso precisamente, viene un conjunto de todas las virtudes, virtudes muy diferentes de las que antes tenían estas almas, como ya hemos dicho, porque son virtudes del todo nuevas. Brota ya en ellas el hombre nuevo, el hombre perfecto en todo su esplendor, la nueva criatura, el hombre de Cristo unido a Cristo, vivificado por Cristo; Cristo mismo redivivo y viviendo y obrando en una nueva humanidad por ese misterio de amor...

Florecen entonces espléndidas aún esas virtudes más sobrenaturales como la *humildad*, que es la negación completa de sí mismo; no es una humildad en la que acaso del mismo acto de humillarnos sacamos gloria para nosotros, sino una humildad con ausencia total de gloria y de vanidad, que no se alcanza hasta este estado, porque es un vivir de su propia nada. Porque esta negación de sí mismo es lo que ese amor engendró en ella, o sea el verdadero despojo de sí, para vivir, no en sí, sino en Cristo, para que en ella sea Cristo todo en todas las cosas y no sea ya más que un miembro vivo de Cristo, así como Él

movía su lengua y su mano sólo por la gloria de su Eterno Padre.

Por esto pregunta, según San Pablo: «¿Pero no sabéis que en mí habla Cristo...? ¿Ignoráis que en vosotros está Cristo...? Cristo, ciertamente, vive en mí, y Él es mi todo y mi único vivir... Por mi parte nada soy, ni quiero ser, para que Cristo sea todo en todas las cosas.»

Por esta humildad infusa es como el amor llega a su perfección, por la absoluta negación de sí mismo. Cuando llegamos a darnos por completo, *lo nuestro* desaparece, dejando sólo en el Diccionario del alma *lo suyo*. Desposeerse por completo para darse por completo y ser por completo poseídos.

En esas almas lo propio, tratándose de gloria, desaparece, y sólo queda de ellas y en ellas un dolor intensísimo de sus pecados, pero un dolor tranquilo. Al ver a Dios como suma Bondad, vense a sí mismas —que le han ofendido— como maldad suma, como una gusanera, un pozo de inmundicias y podredumbre. Entonces es cuando propiamente se cumple aquello del Maestro Divino, de que para ser discípulo suyo es preciso odiar la propia alma, porque no se odia sino lo malo y lo que es fuente de maldades...

Junto con esa humildad viene a esas almas dichosas la *pureza* absoluta del corazón, o sea de la voluntad, porque al decir corazón entendemos voluntad. La voluntad es pura o es impura según tenga mezcla o no la tenga de otras cosas que no sean Dios; como el oro es puro o no lo es según tenga o no mezcla de otros metales. La

naturaleza de la voluntad es una inclinación al bien; es decir, por su naturaleza, la voluntad busca a Dios, que es el único bien verdadero; tiende a poseer a Dios.

¿Cuándo, pues, será la voluntad pura? Cuando no busque, en efecto, más que a Dios; es decir, cuando sea una pura tendencia hacia el Bien. Entonces será voluntad de veras, voluntad pura, todo y sólo voluntad, porque será total y únicamente busca del Bien, ansia de Dios...

Y ¿cuándo no será pura? Cuando se busque a sí misma o algo que no sea Dios... Los efectos terrenos colorean y manchan el cristal de nuestras almas y le impiden ver a Dios, poseer a Dios, ser poseído por sus infinitos resplandores.

Cuando el alma llega a desprenderse totalmente de sí misma, alcanza esa pureza de corazón; es decir, cuando el alma ya no está en sí, cuando las cosas al llegar a ella no la encuentran. A esa pureza se refiere la bienaventuranza que ofrece Cristo Nuestro Señor al decir: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»

Por esa pureza de corazón, como que se engendra a Dios en nosotros, por que nos capacitamos para contemplarle, y contemplarle ya es de alguna manera poseerle. Por esa pureza interior se limpia el ojo interior de nuestro espíritu, porque los afectos terrenos son los que ponen manchas y sombras en nuestra interior pupila, enturbiando la mirada e impidiéndonos ver a Dios. Y esa luz con que ya empieza a ver, según se va purificando, va acrecentando su amor; porque el alma siempre puede ir progresando en amor y en

conocimiento de Dios. Ese es el verdadero tesoro, el verdadero anticipo del Cielo.

Esta transformación es también la que verdaderamente nos dispone para el *apostolado*. Así como antes de llegar a este estado el alma no aprovecharía en nada o aprovecharía muy poco en las obras que hiciera, después aprovecha en todo. La caridad que la mueve es la verdadera caridad; porque es paciente, es benigna, no se busca a sí..., con todas esas cosas en grado sumo que San Pablo nos describe de ella y que son los frutos que se logran por la perfecta incorporación con Cristo. Entonces es cuando propiamente la infusión del Espíritu Santo se realiza. Cristo nos da su Espíritu, que será el que en todo nos mueve y nos gobierna.

Ved a los Apóstoles, antes tan imperfectos, y desde el momento que reciben ese Espíritu Divino rebosantes de toda virtud y santidad y capaces de todos los heroísmos. El Espíritu es quien habla por ellos, y piensa y ama y sufre y lo ejecuta todo por ellos, como miembros vivos que son de Jesucristo; esto mismo pasa en nosotros.

Los Apóstoles eran lo que nosotros somos. Mucho tiempo hacía que en ellos venía obrando la gracia de Dios; pero hasta que se verifica en ellos ese fenómeno, esa transformación, no son capaces de ninguna cosa. Así las almas, cuando con esas místicas operaciones se transforman; cuando en Cristo se convierten y con Él, como miembros vivos, absolutamente se incorporan, entonces *siempre* se convierten también en verdaderos apóstoles, aunque vivan escondidos en el fondo

de un convento, de un hogar, y hasta en la misma soledad del desierto.

Y no solamente en Apóstoles, sino que hasta para la obra de la Redención del mundo las incorpora Cristo consigo, convirtiéndolas con Él, en Él y por Él en *víctimas reparadoras*. La verdadera reparación es obra del amor perfecto, y mientras a él no se llega, la verdadera reparación apenas es posible.

En la antigua ley se distinguían dos clases de víctimas: animales puros e impuros, siendo estos últimos rechazados del altar, ineptos para el sacrificio, como repugnantes a los ojos del Señor. Todo esto, que no puede naturalmente entenderse por lo que se refiere exclusivamente a los animales, tiene un sentido simbólico, que es el referente a las almas. ¿Cuándo, pues, están las almas puras? Cuando están del todo invadidas por el amor de Dios. Mientras tanto, lejos de ser víctimas de olor agradable, serán de olor repugnante, y no podrán ser puestas sobre el altar.

Bueno es que las almas deseen ser víctimas, pero han de querer antes purificarse. Mientras nuestra sangre esté manchada, ¿cómo ha de servir para purificar a los demás? ¿Cómo ha de servirles de redención y de rescate? Mientras viva el pecado en nosotros, ¿qué satisfacción podemos dar por los pecados ajenos? Mientras no se acaben de pagar nuestras deudas, ¿con qué riquezas habremos de ayudar a pagar las del prójimo?... Que aunque esto se verifica siempre en Cristo y por Cristo y de sus infinitos tesoros, pero sólo después de redimida por completo el alma, está

apta para convertirse —siempre en las manos de Cristo— en instrumento cooperador para la redención activa de los otros.

De todo lo dicho viene a resultar que el término de nuestros deseos, de nuestras ansias, de nuestras aspiraciones, está en esa unión con Dios, y que ésta se alcanza infaliblemente por esos caminos que hemos señalado desde un principio: el despojo, la negación de sí mismo, la entrega a Dios, la oración, que es un verdadero seguir a Cristo para aprender sus doctrinas, para cumplir sus mandatos, para imitar sus ejemplos y vivir su vida y subir con Él al Calvario...

Entonces, sí, es cuando prende ese fuego, que Cristo vino a traer a la tierra. Pero todo eso nos ha de venir de lo alto; nosotros no hemos de buscar muchas cosas, *sino una sola*, porque *una sola cosa es necesaria*, dice Jesucristo: *el reino de Dios y su justicia*, es decir, nuestra justificación, Y como ese reino de Dios está dentro de nosotros, hemos de seguir esos caminos de recogimiento y de oración, por los cuales dentro de nosotros penetramos, en donde Cristo nos espera, puesto que lo que nos importa es hallar ese tesoro escondido, la unión de nuestro espíritu con Dios.

Entonces, sí, dándonos muerte a nosotros mismos podremos ofrecernos como víctimas, completando en nosotros, a imitación de San Pablo, lo que falta de la Pasión de Cristo, uniéndonos estrechísimamente y transformándonos y haciéndonos una misma cosa con esa sagrada Víctima del Gólgota.

## VI

## LA EUCARISTIA, MANIFESTACION SUPREMA DEL DIVINO AMOR

El Apóstol San Juan, el Evangelista del Amor, después de haber descrito las efusiones infinitas del amor de Cristo para con los hombres, al tratar de la Institución de la Sagrada Eucaristía, tiene finalmente una expresión de valor sin igual cuando dice: «Jesús, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin.» Hemos de tener en cuenta que Jesús era Dios y, sin embargo, a pesar de su Poder infinito, hay un instante —el instante en que se nos da por manjar en este Sacramento adorable— en el que llega al agotamieto en las manifestaciones del amor. Pasar más allá parece un imposible, aun para su Divina Omnipotencia. Y esto lo dice precisamente el *Evangelista de su amor*: «Los amó hasta el fin»; es decir, de tal modo, que ya no es posible amar más. ¡Oh Amor de todo un Dios! ¡Oh Amor verdaderamente infinito! ¡Oh tesoro inefable! ¡Oh única riqueza! ¡Oh cielo verdadero! ¡Oh, Amor...!

En este mismo Evangelio nos recuerda también el Evangelista las palabras de Jesucristo antes de instituir la Eucaristía, palabras tan soberanamente expresivas, que no pueden traducirse exactamente en nuestro idioma: «Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros.» Es decir, lo he deseado muchísimo, con ardentísimo deseo; por-

que esa frase latina tiene significado de superlativo. Y volviendo a tener en cuenta que el que así hablaba era Dios, un Dios de infinito Poder, para cuyo querer no hay resistencias, pues la creación entera es un sencillo *querer* suyo, ¿cómo podremos concebir ese deseo superlativo, ese infinito deseo, con que así le vemos suspirar por entregarse todo a nuestro amor...?

*Deseo* infinito de un Dios para el cual lo infinito no tiene un significado puramente negativo, como cuando a nuestros deseos y amores lo aplicamos, sino muy positivo y de plena realidad. Solemos juzgar nuestras ofrendas amorosas no tanto por la cosa que se ofrece cuanto por la voluntad y el deseo de nuestra felicidad con que se nos da. Pues esta es la única dádiva que se nos da con voluntad y deseo infinitos, y en la cual no se busca otra cosa sino nuestro bien, pura y simplemente nuestra infinita felicidad. Jesucristo nada busca para Sí, porque nada podemos darle, y todo lo que nos pide es tan sólo para nuestro bien.

Decimos que nada podemos darle y que Jesús, nuestro dulcísimo Jesús, no puede esperar nada de nosotros; y al hablar así no nos hemos expresado con entera exactitud. Podemos darle algo, sí, y casi con toda seguridad le corresponderemos con algo: con pecados e ingratitudes.

Él lo sabe; Él sabe perfectamente que esa tristísima y abominable correspondencia a tanto Amor es lo único que puede esperar de nosotros; es decir, que sigamos oprimiendo su adorable Corazón, hasta hacerle seguir sudando gotas de

sangre, como sudó por nosotros en el huerto de los Olivos. ¿Quién fue, si no, el que de ese modo estrujó allí, «como se estruja la uva en el lagar», según la expresión de Isaías, su Corazón amantísimo? ¿Quién sino el deseo ardentísimo de nuestro amor, y la clara visión de nuestros desdenes y de nuestras ingratitudes?

Pues si es infinito el deseo y es igualmente infinito el bien que nos ofrece y nos procura, no menos infinita es la dádiva, si la sabemos bien mirar, con que ya de presente nos regala. Pues ¿qué dádiva es esta del Sacramento del Altar? Es la dádiva de su cuerpo sacratísimo, de su sangre divina; del cuerpo que por nosotros y para nosotros se entrega poco después a los verdugos, nuestros ministros y esbirros; de la sangre que entre tormentos se derrama hasta la última gota, para caer sobre la tierra dura de nuestras almas, como precio infinito del rescate, como savia divina de virtud infinitamente vivificadora. Y junto con su sangre y con su cuerpo, su vida, su alma, su divinidad y todas sus infinitas riquezas.

Recordaréis que os dije días atrás, repetidas veces, que el amor supone darse de tal modo el amante al amado, que uno al otro mutuamente se posean. Pero las criaturas nunca pueden darse a tal extremo, pues aunque una criatura del todo se nos diera, no podríamos nosotros poseerla plenamente. Esa dicha, esa felicidad de una total posesión, nunca pueden dárnosla las criaturas, porque sus bienes son siempre exteriores. Los mismos ángeles, en el amor con que mutuamente se aman, no pueden poseerse.

Cristo iba a dársenos en la Cruz; pero este modo de darse no satisfacía plenamente a su amor. Podríamos creer que era una dádiva, pero no que esa dádiva era real y verdaderamente nuestra. Él quería incorporarse con nosotros, darse sin ninguna limitación; que pudiéramos decir: Jesús es mío, es todo para mí; y para que todo esto se hiciera de modo más sensible, después de habérsenos dado en rescate, se nos da en este Sacramento adorable en forma de alimento.

No hay nada que venga a hacerse más nuestro que el alimento, el cual, asimilándose a nosotros, llega a convertirse en nuestra sangre y en nuestra propia substancia. Por eso quiso darse a nosotros en esta forma, para que podamos rastrear algo siquiera de tan profundo misterio.

Aquí se completa y se hace para nosotros *sensible* la dádiva del Calvario. Aquí se hace hace nuestra la divinidad, nuestras las riquezas de su sabiduría, de su bondad, de su amor; todo lo cual se hace más nuestro que el alimento corporal, y con una unión más íntima y más duradera, porque es espiritual y por parte del que la da, ha de durar para siempre.

Y así como en la unión del alimento con el cuerpo, que de él se nutre, todo el bien que de ahí se sigue es para el cuerpo, a cuya nutrición se subordina por completo la incorporación que del alimento se hace, de la misma manera en la unión que por este Sacramento se verifica entre Jesús y el alma, todo parece subordinarse al bien del alma, sometiéndose, en cambio, el Señor a un

anonadamiento sin igual, a una humillación sobre todas imponderable...

Verdaderamente es más esta dádiva que el sacrificio del Gólgota; porque si allí se ofreció desde la Cruz, aquí desde nuestro pecho se ofrece en sacrificio a su Eterno Padre, cumpliéndose además en este Sacramento otros muchos fines del amor, como son la dádiva completa de sí mismo, en tal forma, que el amante venga a *ser totalmente* poseído por el amado, con la más íntima y más inefable unión, con una incorporación y una asimilación verdadera; y a la vez y por esto mismo, la individualización, por decirlo así, de la dádiva.

El amor busca siempre esta individualización y no suele jamás satisfacerse hasta llegar a ella. El amante quiere ser preferido, quiere ser *único*, porque quiere darse todo y poseer todo y totalmente a su Amor; y todo esto es en este Sacramento adorable, donde se cumple y se patentiza. En el Calvario moría Jesús por todos los hombres; y aunque sabemos que por una sola alma hubiera muerto igualmente, no nos lo aplicamos por completo a la nuestra. Aquí ya no cabe duda alguna.

Aquí ya verdaderamente podemos creer y decir cada cual: todo lo ha hecho por mí; creación, vida, cielo... Encarnación, Cruz, Redención... Todas sus obras por mí, porque Él mismo se me dio, le poseo, es mío.

Se me dio como Señor y Dueño al crearme; Señor y Dueño tan alto, que *servirle verdadera-*

*mente es reinar*, y tratar con Él, señal y garantía de nobleza suma.

Se me dio como Padre al levantarme a Sí, elevándome al orden sobrenatural e infundiendo, por decirlo así, savia y vida de su propia Divinidad en mi alma, para que yo fuese verdaderamente su hijo y su heredero.

Se me dio por hermano y guía y compañero y ayudador al encarnarse y nacer revestido con mi propia naturaleza; para sentir mis dolores y hacerlos suyos; para envolverse en mis luchas y mis contradicciones y enseñarme en todas ellas a triunfar; para dejarse oprimir por mis propias angustias y estrecheces y darme aire con sus alas, y aun tomándome sobre ellas, conducirme a las alturas; para hacerse copartícipe de mis deudas y cargarlas todas sobre Sí; para tenderse conmigo y a mi lado en el frío lecho de mi muerte y darme con su frío y con su muerte calor y vida...

Se me dio al ser vendido y morir, sujeto con tres clavos en una cruz, por rescate.

Se me da en su Reino, con millares de ángeles y bienaventurados que le adoran y le ensalzan, como premio y gloria.

Se me da todo y siempre y por completo, y se me da sin división a mí solo, pues así, de solo a solo, lo abrazo ahora, en un misterio de amor, y como suprema garantía de todas sus otras dádivas, sacramentalmente, dentro de mi pecho, dentro de mi alma...

Sí, sí. Esta especialización del amor la vemos sobre todo en este Sacramento, porque se nos da a cada uno de nosotros todo entero, pudiendo el

alma ver realizado el último ensueño del amor: *ser única.* El alma que ama a Dios es para Él *única;* así la llama Él mismo en su infinito amor: «Mi única, mi perfecta»; y Dios es *todo para ella sola,* cumpliéndose esa palabra que pronuncia siempre el amor: «¡Mi Amado para mí, todo para mí, y yo toda para mi Amado!»

En el infinito Amor con que Dios nos ama, caben todas estas especies de unicidad, porque Dios puede darse a todos plenamente, y eso es para el alma ser única. El que sea realmente una sola o sean millones las almas que Dios ama, no les causa ningún género de detrimento, porque todas lo reciben todo, como si cada una por si sola existiera.

Para el amor de una madre, todos los hijos, por muchos que tenga, son únicos, porque en todos pone entero el corazón; únicos para el amor, no para la dádiva, ni para las manifestaciones externas de ese amor; porque las actividades y dones de la madre, que no pueden ser infinitas, que son forzosamente *limitados,* en intensidad y en número, pueden multiplicarse cuando en uno se reconcentran, y forzosamente habrán de disminuir cuando se dispersan en muchos. Pero estas limitaciones en Dios no se dan; y las almas que Él ama son, para la dádiva como para el amor, únicas de veras, pues a cada una totalmente se da y por cada una se hubiera encarnado y hubiera muerto.

Y ese sacrificio —ofrenda y rescate— por el amado, y esa dádiva y ese amor y esa unicidad, es en este Sacramento del Amor, repetimos, don-

de maravillosa y plenamente se realizan. Por eso un Santo, San Felipe Neri, no daba más a este Sacramento sino este nombre: *mi Amor*.

Porque en Él está la especialización, la individualización, la realización suprema, aunque misteriosa aún, del amor. El cielo, que es la consumación del amor, no será esencialmente sino esta misma unión, rotos los velos del misterio y rotos consiguientemente los diques que, mientras vivimos en la carne, impiden desbordarse y anegar el alma los torrentes de delicias y de consumada felicidad que de esta unión amorosa con Dios lógicamente se siguen. La unión real, inefablemente íntima con Dios, la posesión de Dios, que de manera tan plena se nos da en este Sacramento; la posesión del Infinito, donde están encerrados todos los tesoros; nuestro cielo, nuestra gloria, nuestra bienaventuranza.

Es como un niño a quien las escrituras legales y el testamento de su padre hacen dueño de riquezas fabulosas; pero en cuya posesión y dominio y disfrute directo no puede entrar mientras no se capacite del todo, al llegar a la mayor edad, para disfrutar plenamente de ese dominio.

Por otra parte, mientras ese instante no llegue, en que Dios infinito y centro y resumen de todas las infinitudes —capacitados ya para recibirle y poseerle— se nos entregue, las manifestaciones anteriores del amor de Cristo, tal cual nosotros las percibimos, adolecen siempre de una cierta limitación, que la misma naturaleza de las cosas impone. Cristo nació una vez, y fue vendido y azotado y escupido y coronado de espinas una

vez y por nosotros derramó sólo una vez en la cruz toda su sangre. Y como el amor infinito de Jesús no puede sufrir ningún género de limitaciones, por eso en este Sacramento se renuevan perpetuamente esas dádivas y esos sacrificios. «Recibid este cuerpo y esta sangre que por vosotros se entrega y se derrama, y haced esto muchas veces en memoria de mí.» Es decir, que en el Sagrario Jesús quiere hasta el fin del mundo seguir por nosotros sufriendo frío y hambre y sed y bofetadas y salivazos y azotes y espinas y cruz para seguir sin intermisión demostrándonos su amor y dándose a todos los sacrificios por nuestro amor. ¿Y no escuchamos aún ese clamor inmenso con que el amor de Cristo desde el Sacramento nos llama...?

Este es sin duda aquel clamor válido, aquel clamor potentísimo, de que nos habla el Profeta, clamor de infinitas cruces y de infinitos martirios, porque es clamor de amores infinitos. Es Cristo que con deseo ardentísimo se entrega por nosotros a la muerte y a la cruz, para morir una vez, mil veces, cuantas nosotros queramos, sin que jamás se llegue a cansar su amor; cien mil veces cada día y hasta el fin del mundo... *Haced esto muchas veces en memoria de mí.* Como si dijera: Yo me gozaré siempre que lo hagáis, siempre que renovéis este sacrificio, infinitas veces, siempre, siempre...; porque el gozo mayor del que ama es amar, y el amor en el sacrificio se acrisola y se acrecienta, y triunfa y se corona. Darse, sacrificarse y sufrir siempre... Exigencia

infinita del Infinito Amor y del Amor infinitamente verdadero.

¿Qué falta, pues...? ¿Qué más puede por nosotros hacer Jesús de lo que ha hecho...?

Poned, pues, la mano sobre vuestro corazón y decidme: ¿Qué buscáis? ¿Amor...? Comparad el Amor de Jesús con los amores de las criaturas y veréis entre ellos más distancia que la del fuego fatuo, fosforescencia de cosas pútridas, o la del gusano luciérnaga, con el sol esplendente de Mediodía.

¿Buscáis perfección? Pues no hay perfección posible sino la que por el amor de Jesús se alcanza.

¿Buscáis, por ventura, riquezas, ciencia, felicidad, paz, alegría?... ¡Pobres! ¡Pobres! ¡Cómo nos dejamos engañar por nuestros bestiales instintos! Porque si es que brilla un poco en nuestras pupilas la oscura y misteriosa lumbre de la fe, ni rastro de riqueza descubriremos en el mundo entero sino las que se encierran en el amor de Jesús; ni más ciencia ni más luz que la que brota de las llamaradas de ese fuego divino: ni más felicidad que la de sentirse envuelto en el ambiente purísimo de sus celestiales aromas; ni más paz ni más seguridad ni más descanso que el que se goza reclinado sobre su pecho amoroso; ni más alegría verdadera que la de amar a Jesús y querer amarle más y más, y sentirse por Él con un tal Amor infinitamente amado, indisolublemente amado...

Sí, sí, para Jesús ya todo nuestro amor, sin condición, sin reservas. «He hallado al que ama

mi alma —podemos ya decir con la Esposa de los Cantares—; al que buscaba ardientemente sin conocerle mi alma, a Aquel para quien mi alma, que quiere amar, que busca la perfección y la dicha, fue creada, y fuera del cual no podrá jamás encontrar descanso; he hallado al que ama mi alma, téngole y no le dejaré.

»Ni la vida ni la muerte ni el infierno me podrán separar ya de este amor; porque mi Amado será mi escudo y mi defensa. Y teniendo este amor en mi alma, y recibiéndole en mi pecho, y pudiendo apacentarse en Él y confortarse en Él y consolarse en Él mi espíritu de continuo, me es indiferente el vivir o el morir o el sufrir, con que sólo en ello encuentre complacencias mi Amor...»

Lo único, pues, que nos importa es de una vez ya y para siempre ofrecernos muy de veras al Amor, ofrecernos muy de veras a Jesús, que de tal modo se nos da, que con tanta insistencia y por tales caminos por nosotros se sacrifica. Pues si Él, Riqueza infinita, se nos entrega de ese modo, no es sino para enseñarnos a amar y darnos el ejemplo; para que nosotros, mezquinos y miserables, despojándonos de nosotros mismos, nos demos totalmente a Él. De este modo lo poseeremos y seremos dioses por participación al ser por Él poseídos.

¿Cómo es posible que no nos decidamos a corresponder a esas dádivas de amor? Si así lo hacemos, *si nos entregamos sin reserva*, los ángeles celebrarán en este instante las nuevas bodas de Jesús con nuestras almas, hasta que llegue el día en que definitivamente se celebren nuestras eternas bodas en el Cielo.

# INDICE

I. ¿Qué es la vida? . . . . . . 3

II. La perfección está en la caridad . 14

III. El poder de la voluntad . . . . . 25

IV. El fin del amor . . . . . . . 39

V. Frutos del perfecto amor . . . 49

VI. La eucaristía, manifestación suprema del divino amor . . . . 60